

ESTE PERIODICO
se publica

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. Itsc.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTO



LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

DIRICIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTS.

EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTISTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

LOS DEFENSORES DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Se está haciendo, y verá la luz en el próximo número de nuestro periódico el retrato del Sr. Brigadier Goyeneche.

Pudiéramos dar á la vez muchos retratos; pero, por un lado, lo que queremos es darlos buenos, y por otro, ¿qué prisa tenemos para dar los que han de formar nuestra Galería, si al fin han de aparecer todos los de los bravos militares que mas se han distinguido en la campaña?

Nuestra publicacion tiene condiciones de vida; bien lo sabe el público, y por eso aseguramos que la *Galería* quedará completa, siendo lo mejor que aquí en su género puede hacerse; pero, además, por si, como es natural, se desea tener juntos los retratos que demos, cuando la *Galería* termine, les agruparemos todos en una grande y magnífica hoja, que será uno de los obsequios extraordinarios que recibirán nuestros favorecedores.

LO QUE DIJO LA ACADEMIA.

No acabaría yo nunca, lectores, mi trabajo, si fuese á ocuparme de todo el diminuto discursazo del Sr. Ayala, y por eso he querido concretarme á lo que en él se dice acerca del carácter de los españoles.

Diminuto discursazo le llombro, porque no recuerdo haber visto en mi vida un discurso tan largo y tan corto como el del Sr. Ayala.

Es inconmensurable por las muchas palabras, y casi se reduce á cero por las pocas ideas que contiene. Parece imposible que sobre un asunto de los mas socorridos, haya podido el Sr. Ayala hablar tanto, diciendo tan poco, y parece mas imposible aun, que en él se diga tan poco, hablándose tanto.

Porque, seamos ingenuos. ¿Dió el Sr. Ayala una idea aproximada siquiera del talento dramático de Calderon en su enfático discurso?

D. Pedro Calderon, segun el Sr. Ayala, era un vate tan fanático y tan amante del exagerado principio de autoridad que, si viviera hoy, podria desbancar á Villoslada en la parodia de corte del niño Terso, y parecen ustedes de contar; pues de las demás cualidades del autor de *La vida es sueño*, habla el Sr. Ayala tan ligeramente como si no tuviesen la menor importancia.

Felizmente, despues del Sr. Ayala, habló el Sr. marqués de Molins, quien mostró conocer mejor que el nuevo académico, no solo las obras de Calderon, sino las de los principales críticos que de él se han ocupado.

Hay alguna hinchazon en el discurso del Sr. marqués de Molins; pero hay tambien la erudicion que debe verse en un trabajo académico, y brillan ademas allí novedades y gracias de diccion muy recomendables.

No por eso diré que el discurso del Sr. marqués sea un modelo, ¡Dios me libre! pero, en fin, se vé que dicho Sr. domina el asunto que trató, y sobre el cual solo tiene el Sr. Ayala ideas tan escasas como confusas.

Empezó el Sr. marqués de Molins por proclamar innumerables elogios al Sr. Ayala, y eso era de esperarse, siendo sabido cuanto el viejo refran que dice: «hoy por tí y mañana por mí» ha venido en nuestro siglo á constituir el verdadero fondo de muy académicas elucubraciones.

Ya podemos apostar algo á que la primera vez que el Sr. Ayala hable de literatura, ó de cualquier cosa, pone en las nubes al Sr. marqués de Molins, el cual insistirá en dár la demostración de que el autor de *El tanto por ciento* es el Calderon de nuestra época; de modo que el Sr. Ayala tendrá que comparar luego al autor de *Dª María de Molina* con Moreto, y así sucesivamente.

Despues hizo el Sr. marqués la defensa de las Academias y tambien eso era de esperar-

se. ¡Pues solo faltaba, voto á chápiro, que las Academias no fuesen defendidas por los académicos, hasta cuando nadie se mete con ellas!

Se dirá que las Academias en eso se parecen al perro de Juan de Ateca, que antes que le dé se queja; pero en su derecho están de parecerse á quien se les autoje, y de tributarse incienso, si esto les acomoda; porque yo, que he visto rasgos de imparcialidad tan azombrosos como el que tuvo el Sr. Fernandez Negrete, cuando votó contra el ministerio, siendo él ministro, no concibo que un académico deje de mirar la corporacion de que forma parte como la mas admirable y perfecta de todas las creaciones divinas y humanas.

¡Oh! Si se hubiese atacado al pueblo..... Pero ¿qué digo? Bien le atacó el Sr. Ayala, y sin embargo, no hubo allí quien le defendiese, porque lo que interesaba era la defensa de la Academia, cuando nadie la faltaba al respeto.

Así anda la justicia entre los niños mimados por la fortuna; el Sr. Ayala sacude fuertes latigazos al pueblo español por las cosas malas que han hecho los favoritos de la Corte, y el Sr. marqués de Molins, cuando vé vulnerado al pueblo, defiende á la Academia. Tómate esa, y vuelve por otra.

Para probar dicho Sr. marqués que la Academia no es una hermandad monástica, donde se excomulgá cuanto no está perfectamente ajustado á los severos cánones de los mas rigidos preceptistas, dijo que en aquella corporacion habian tenido entrada Martinez de la Rosa, el Duque de Rivas y García Gutierrez.

Por de contado, los dos primeros escritores citados, como fueron hombres de gran posicion social, nada nos prueban. Yo reconozco que fueron eminentes literatos; pero asi como creo que, valiendo diez veces menos de lo que valian, hubieran llegado tambien á ser académicos, gracias á su elevada posicion social, asi tengo para mí que no lo habrian

sido en mas modesta posicion, aunque hubiesen valido cien veces mas de lo mucho que valieron como escritores.

En cuanto á Garcia Gutierrez, bastantes años tuvo que aguardar el turno para entrar en la Academia, por la bribbonada de proferir ideas progresistas.

Ya iba haciéndose viejo el que siendo jóven supo cautivar al pueblo español con sus divinos versos, y aun le estaban cerradas las puertas de aquella corporacion que ofrecia fácil acceso á todas las precocidades de aquel tiempo, con la sola condicion de ser ultraconservadoras. En todo el mundo era celebrado el nombre del inmortal autor de *El Trovador*, y todavia ese nombre no figuraba en la Academia, donde las cuatro quintas partes de los escogidos eran tan ignorados, que nadie los conocia, y aun hago yo memoria de no haber oido nombrar á algunos de ellos hasta la presente.

Al fin, hubo amigos personales que hablaron de reparacion: esos amigos tuvieron influencia; los que podian complacerles dijeron: «vaya una excepcion para acreditarlos de tolerantes» y quedó admitido Garcia Gutierrez, precisamente cuando acababa de escribir *Justicia Catalana*, que es la peor de sus obras.

Por lo demas, ¿qué tiene que ver el género de literatura que se cultiva, con la pureza del idioma y con el talento é instruccion que un hombre puede revelar en sus escritos? La Academia Española es Academia de la Lengua, y Martinez de la Rosa, el Duque de Rivas y Garcia Gutierrez, sabiendo como han sabido escribir con elegancia y corrección el castellano en sus numerosas obras, claro es que merecian ser académicos, aunque como autores dramáticos hubieran atropellado todas las unidades.

Sepa el Sr. marqués de Molins, que si hay quien censure la conducta de las Academias lenguísticas, es por lo poco que á esas corporaciones debe el progreso de los idiomas.

¿Qué idea hemos de tener, en efecto, de la utilidad de nuestra Academia, viendo su Diccionario? ¿No carece este de millares de voces y de locuciones universalmente aceptadas, que ya se encuentran en otros Diccionarios hechos por particulares? ¿No salta á los ojos la razon con que el malogrado Dominguez criticó á la Academia, por la omisión de muchas de las expresadas voces, así como por lo defectuoso de innumerables definiciones académicas? ¿No es notorio que lo mismo acontece en otros pueblos, incluso el francés, cuyo famoso *Instituto* lleva publicados centenares de volúmenes de ciencias y literatura, sin embargo de lo cual, el que quiere poseer un diccionario completo ha de preferir hasta el de Napoleon Landé, ó qualquiera otro, al de la Academia?

Por eso se murmura, sépalo el Sr. marqués de Molins, por el carácter estacionario y aun retrógrado de esas corporaciones que, sobre no producir nada, vienen á ser la rémora de todo adelanto.

Curioso seria, vive Dios, el análisis de las obras de muchos académicos, ya para buscar la razon de la credencial de exclarecidos autores que se les ha concedido, ya, tambien, para entresacar, ademas de las impropiedades de lenguaje que contengan, las palabras que habrá en ellas no sancionadas por la Academia en la última edición de su diccionario.

Pero aquí solo se trata de lo que dijo la Academia cuando oyó las injustas y estériles acusaciones que el Sr. Ayala dirigió al pueblo español, y ya he manifestado que sobre ese particular... nada dijo la Academia.

¿Por qué no lo dijo? Yo no lo sé; pero me

parece que, á levantar Calderon la cabeza, no quedaria satisfecho de las flores que se le regalaron, allí donde se vulneró el carácter de su pueblo sin haber quien lo defendiese, y tampoco le gustaría ver que los periódicos reproducián sin correctivo el anti-patriótico discurso del Sr. Ayala.

Estará el Sr. marqués de Molins tan enfadado con nuestro pueblo como el Sr. Ayala? Nolo creo; pero, suponiendo que lo estuviese y que tuviera motivos para ello, algo debió aprender de quien ha dicho

..... porque ya en mi edad,
Es razon que valga menos
El rencor que la cordura,
Y el enojo que el consejo;

pues, cabalmente, eso lo dijo Calderon, y segun el moderno Fray Gerundio,

«Tontería!
Cuando Calderon lo dijo
Estudiado lo tendría.»

EL MORO MUZA.

UN REY SUPRIMIDO.

Te digo, Zaragate, que el mismo Ricardo III de Inglaterra, si viviese hoy, se horrorizaría de oír las cosas que decretan y ejecutan, en nombre de la libertad republicana, los gobernantes de la manigua. Ese Cavada, digno sucesor de Agramonte, que fué sucesor digno de Jordan, que fué digno sucesor de Quesada; ese monstruo de maldad y de cobardía, en el hecho de ordenar la destrucción de la propiedad de amigos y contrarios; mientras asesina á todo el que coje por delante, causaría espanto á Ricardo III, aquel implacable ambicioso que, para ceñirse la corona, tuvo que empezar por el asesinato de sus sobrinos, los hijos de Eduardo VIII, después de haber él mismo dado muerte al prisionero Enrique VI, y para asegurarse en el trono por algun tiempo, hizo luego quitar la vida al conde de Rivers, al lord Hastings y á otros muchos infelices.

Sí, es cierto, señor Moro; pero no basta la hipoteca que V. ha presentado, de que un difunto de los pasados siglos pudiera levantar hoy la cabeza.....

—No tienes tú mala hipoteca, Zaragate. —Hipótesis, querrás decir!

—Bien, hipoteca ó hipótesis, señor Moro: á mí tanto me dá un nombre como el otro, con tal que la idea se resigne.

—Se consigne.

—Se consigne ó se resigne, ó se persigne, ó lo que á V. le dé la gana.

—Y bien, Zaragate; ¿cuándo has visto tú que se le niegue á un hombre el derecho de discurrir sobre una hipótesis?

—Nunca, señor Moro; pero aquí no es una, son dos las hipotecas sobre que se ha de apoyar el recurso.

—El discurso se dice, Zaragate.

—Llámelo V. como guste; discurso, recurso y aunque sea concurso, siempre que convenga V. conmigo en que son dos, y no una, las hipotecas que han de presentarse.

—Dále con las hipotecas! Ya te he dicho que se llaman hipótesis!

—Qué pesado está V. hoy, señor Moro, con sus enmiendas; pero á fe que yo no las

rechazo, siquiera porque, como me asiste la razon, deseo sacrificar lo *acisorio* á lo *principal*, y así digo que son dos las *hipóstasis*.....

—Hipótesis!

—Pero ¿qué mas dá?

—Pues no ha de dar mas. *Hipóstasis* es una palabra griega, equivalente á *esencia* ó *sustancia*, y no falta quien le dá el significado de *persona*, razon por la cual, han ocurrido serias disputas entre los teólogos griegos y los latinos, sobre si se debe decir que la Trinidad consta de tres *personas* ó de tres *hipóstasis*, cuestión que quedó resuelta en un sinodo que en Alejandría presidió San Atanasio en el año de 362, decidiéndose que los latinos continuasen diciendo *personas*, y que los griegos pudieran decir *hipóstasis*, puesto que unos y otros expresaban el mismo pensamiento con diferentes palabras.

—Lo que yo veo, señor Moro, es que V. quiere distraerme, hablando de mil cosas que no están á mis alcances, para desentenderse de la cuestión que he supeditado.

—Suscitado, querrás decir, Zaragate! Pero, en fin, veo que estamos perdiendo lastimosamente el tiempo, y puedes decir todas las barbaridades que al magín te vengan, con tal que despaches pronto. ¿Qué otra hipótesis, además de la de salir del sepulcro el rey Ricardo III de Inglaterra, necesitas para base del discurso que yo había empezado?

—Lo primero, señor Moro, es que semejante rey haya existido.

—Ah, pícaro Zaragate! ¿Con esa embajada me sales, después de hacerme perder tanto tiempo en corregir tus defectos de lenguaje? Pues no faltaba mas sino que, por el capricho de un ignorante de tu volúmen, fuésemos á modificar la historia de Inglaterra, suprimiendo uno de sus monarcas mas conocidos, y nada menos que aquel que prestó al immortal Shakespeare asunto para una de sus mas sublimes obras dramáticas. ¿Quién te ha dicho á tí, grandísimo bellaco, que no ha existido un rey llamado Ricardo III?

—No me lo ha dicho nadie, señor Moro; pero lo sé mejor que si me lo hubiera dicho el mundo entero, porque lo he visto.

—Mira, Zaragate, déjame en paz, si noquieres que te rompa la crisma. Tú has visto lo que dices?

—Sí, señor: lo he visto con estos ojos que se han de comer á la tierra.

—Hambrientos ojos tienes, Zaragate, si se han de comer á la tierra, por la cual deben ser ellos comidos; pero ya veo que todo se le puede permitir á quien dice haber visto que el duque de Gloucester no llegó á reinar en su patria. Y vamos á ver, ¿dónde has visto eso?

—En el teatro de Tacon.

—¿En el teatro de Tacon? ¿Cuándo?

—El domingo 30 de Mayo de 1870 por la noche.

—Ah! Ya comprendo. En esa noche debió ejecutarse en Tacon el drama titulado: *Los hijos de Eduardo*. Por cierto que se anunció dicho drama como original de Breton de los Herreros, y no decia verdad el anuncio, puesto que, lo que el Sr. Breton ha hecho es

traducir en verso ese magnífico drama de *M. Casimir Delavigne*, quien á su vez, hizo una pálida imitacion del Ricardo III de *Shakspeare*.

—Esa es ya moneda corriente, Sr. Moro. Cuando las empresas teatrales van á poner en escena dramas traducidos por autores populares, como Breton, Vega ú otros menos conocidos, no se andan en chiquitas, y desde luego dan por originales las traducciones.

—Pues hacen mal, Zaragate; porque no deben ser las propiedades del ingenio humano menos respetables que las otras, y así como nosotros vemos con gusto que los extranjeros, cuando traduecen el Quijote, no tratan de despojar á Cervantes del título de autor de la obra que le corresponde, así deberíamos exigir que se pagase el mismo tributo á los autores de otros países, cuyas producciones merecen la honra de verse vertidas á la hermosa lengua de Cervantes. Esto supuesto, ¿qué ocurrió en Tacon al ejecutarse *Los hijos de Eduardo*?

—Toma, que no fueron ellos los ejecutados, sino el pícaro duque de Gloucester, que bien lo merecía por sus infamias.

—¿Qué dices, hombre? ¿El duque de Gloucester fué el ejecutado? No digas disparates. Si la historia nos dice que el duque de Gloucester, teniendo encerrados á los hijos de Eduardo en la Torre de Lóndres, mandó á un tal Tyrrel para que los asesinase, y yo me acuerdo muy bien de haber visto el lugar donde aquellos infelices niños murieron.

—Pues debe V. estar equivocado, señor Moro; porque en la función que yo ví la otra noche, apareció realmente Tyrrel armado de un terrible puñal, decidido á quitar del medio á los dos príncipes; pero de pronto se arrepintió, y ¡zás! en lugar de herir á los niños, clavó el agudo acero en el corazón del duque de Gloucester, dejándole muerto en el acto.

—Eso es imposible que haya ocurrido en la Habana, Zaragate. Si me dijeses que se había hecho en un lugar de veinte vecinos, por alguna compañía de la legua, siempre me parecería un atentado, puesto que nadie tiene el derecho de alterar las peripecias de una obra dramática y menos cuando el asunto es histórico; pero ¡en la Habana!

—Sí, señor, en la Habana ha sucedido eso, y en ello me fundo yo para asegurar que no ha existido en Inglaterra ningun rey llamado Ricardo III, puesto que el Ricardo á quien hubiera correspondido el núm. 3, caso de salirle bien el proyecto de usurpación que meditaba, murió en el acto de poner por obra su inicio pensamiento.

—¿Qué atrocidad! ¿Y no hubo en el teatro quien condenase la innovación?

—Sí, señor; la mayor parte de la gente dijo lo que V. repite; pero yo, que merecio de tener entrañas, aplaudí la ocurrencia con toda mi alma.

—Celebro, amigo Zaragate, que la mayoría del público diese una muestra de su proverbial sensatez no imitándose, porque esa no es cuestión de sensibilidad, sino de ver-

dad histórica, y debemos esperar que no se reproduzca un abuso que nuestra ilustración rechaza. Por lo demás, creo que convendrás conmigo en que el mismo Gloucester, si viviera, miraría con horror á los *mambises* y *laborantes*.

Eso, sí, señor Moro, porque los *laborantes* y *mambises* serían capaces de causar horror á Calígula, y á Sardánapalo, y á Neron.

—A ese último no, porque tenía inclinaciones de *mambí*, como lo probó al incendiarnos que has nombrado, sí, fueron unos benditos, comparados con los libertadores de Cuba, cuyo bello ideal, después del asesinato y del robo, es el incendio.

EL MORO MUZA.

MEMORIAS DE UNA PULGA.

Desde los tiempos de Esopo.
El fabulista más grande,
Apesar de ser pequeño
Y ruin, como todos saben;

Se asegura firmemente
Que hablaron los animales,
Y en estos tiempos es lógico
El que ninguno lo extrañe.

Yo conozco muchas gentes
Que hablan, siendo irracionales,
Y hay en mi casa un criado
Que hace esta verdad palpable.

Sentado este precedente,
O de pié, si así les place,
Les diré que, revolviendo
Papeles poco importantes,

He dado con esta historia
En renglones desiguales,
Escrita por una pulga,
Poetisa vergonzante.

Dice así al pie de la letra
Y en liso y llano romance:

«Aunque tengo pocos meses
He picado en todas partes,
Y he visto cosas, de fijo,
Que no las ha visto nadie.

Naci en el lomo de un perro,
Cuya dueña, al encontrarme,
Me colocó entre sus uñas
Con intenciones fatales.

Di un salto mortal, tremendo,
Y me salvé de aquel lance,
Buscando abrigo en la espalda
De la que quiso matarme.

Allí almorcé de lo lindo,
Y la exacerbé la sangre,
Dándome largos paseos
Desde la nuca hasta el talle.

Después visité otros sitios,
Y aun ansiosa de vengarme
Con la que matarme quiso,
Me fui por la noche á un baile.

Allí la dejé, por fin,
Y me marché á aposentarme
Mas abajo del descote
De una dama respetable.

Las pantorrillas de un pollo
Diéronme luego hospedaje;
Pero salté de sus piernas,
Para no morirme de hambre.

He visto horribles secretos
En lo interior de los trajes;
Y he picado en algodones
Que figuraban ser carne.

He estado en casas de huéspedes,

Donde daban chocolate,
Y almuerzo y comida y cena,
Y café..... por cinco reales.

Y los huéspedes vivian,
Y yo me he marchado á escape,
Y no he picado á ninguno,
Por no haber donde picarles.

Escapando de mil uñas,
Milagrosamente éasi,
En las piernas de un Ministro
Logré al fin acomodarme.

En aquellas pantorrillas
Suje cosas importantes,
Y salté luego á un lacayo
Que tenía buenas carnes.

Con sangre de su excelencia
Mezclé la plebeya sangre,
Y noté que era mas dulce,
Mas pura y mas agradable.

Y de un ministro á un portero,
De un príncipe á un saltimbanqui,
De una puplera á un Duque,
O de un obispo á un cantante,

He recorrido por dentro
Sotanas, chaquetas, fraques,
Y camisas de á cien duros,
Y camisas de á scis reales.

Hasta aquí la historia llega
E ignoro cómo concluya,
Pues hay rotas varias hojas
Y creo que faltan muchas.

Si esta pulga literaria
Cómo murió me preguntas,
Lector, ó habré de callarme
O diré que entre dos uñas.

Así morir suelen todas;
Pero no es cosa segura,
Porque, al fin, cada cual tiene
Su modo de matur pulgas.

BOABDIL EL CHICO.

La compañía dramática que ha formado el Sr. Calvo para el teatro de Tacon, es bastante buena en lo general, y está desempeñando su cometido á gusto del público; pero toda vez que los actores confiesan que se presentan ante él sin pretensiones de ningún género, bueno sería que no se metieran en honduras y se limitaran á producciones de fácil ejecución y que agraden al público siempre. Piezas donde trabaje la Sra. Aguilar no deben escasearse, porque esta actriz las realza con su buen desempeño.

Deseamos que el Sr. Calvo vea coronados sus esfuerzos, que sí los verá, si tiene tacto para que se ponga en escena lo que más agrade al público.

PIGRAMA.

Dijo María en no hacer caso
De lo que Juan le decía,
Y así sucedió á María
Poco menos de un fracaso.

Siguiendo por el camino,
Que ella misma se trazó,
Comió de noche pepino.....
Y al fin se le indigestó.

CIDE HAMETE BENENGEL.





UN LABORANTE.—Que me dice V. del porvenir de nuestra causa?
OTRO ID.—Que está oscuro y huele á ques... ada.

Proyecto de Aguilera para escapar á la persecucion de las columnas.

EL INCENDIARIO CAVADA.



—Compañeros! esto me va oliendo á chamusquina!
Quemadme á mí antes que me fusilen los españoles.

EL TELEGRAFO.

Mala nota debemos tener entre aquellos que ha largo tiempo pasaron á mejor ó peor vida, los que permanecemos en esta; pues, al oírse por allá las cosas que los nuevos difuntos irán contando, es posible que pasemos todos los vivientes por unos solemnísimos embusteros.

Figurémonos, efectivamente, el bonito papel que hará un impresor de nuestros días, ante Guttenberg, Fausto y sus dignos sucesores en el arte tipográfico, cuando presente, vgr. un número del *Times* de Lóndres, y diga que hay máquinas que en cada hora tiran doce ó quince mil ejemplares del referido periódico. Al oír esto los que solo inventaron ó conocieron aquellas prensas de madera, que eran el pasmo del mundo cuando imprimían una resma de papel cada día, pensarán que el que habla de las nuevas máquinas quiere burlarse de ellos y despreciarán la bala soberanamente.

¿Pues qué sucederá con el que se atreva á decir delante de los antiguos ordinarios de las Galeras, y aun ante los mayorales de las Diligencias Acceleradas, que hoy una máquina basta para arrastrar cuarenta carroajes, yendo de Paris á Madrid en poco mas de dos días? El que tal cosa sostenga se expone á llevar un latigazo.

Sin embargo, aun habrá hombres que pasen por mas embusteros, y estos serán los que ante Colon, Magallanes, Cook, Lapersonne y otros navegantes, mas ó menos célebres, vayan diciendo que han cruzado el atlántico, desde las Antillas á las costas de Europa, ó vice-versa, en catorce ó quince días. Si los que tal dicen, quieren acabar de merecer la nota de trapalones entre los marinos y marineros de antaño, no tienen que hacer mas que añadir la noticia de que hoy van los buques de Europa á la China sin doblar el cabo de Buena Esperanza.

—¿Pues por dónde pasan esos buques? preguntarán hasta los que murieron no hace muchos años.

—Por Egipto, contestarán los nuevos difuntos.

A lo cual replicarán los viejos

—¡Por Egipto! Bien merecía las plagas de aquella nación el mundo actual, puesto que produce tan atroces embusteros.

Pero todo eso no es nada.

Supongamos que nosotros nos hubiéramos muerto hace treinta años; es decir, cuando estaban en su mayor boga los telégrafos de las torrecitas, que obligaban á poner al pie de la mitad de los despachos mas interesantes: «interrumpido por nieblas», y que un nuevo camarada de gloria, purgatorio ó infierno viniese á decírnos que, dirigiendo desde Madrid tal ó cual pregunta á un amigo de la Habana, había recibido la contestación en el mismo día. ¿Qué haríamos con el que tal dijese? Si no le mantéábamos, porque no se nos daba licencia para tanto, procuraríamos buscar alguna abuela del narrador, para que este contase á su abuela lo que á nosotros nos estaba refiriendo.

No pueden, realmente, los que murieron sin conocer la electricidad, ó sus sorprendentes aplicaciones, formar una idea mucho mas clara del telégrafo actual que la que de la luz tenga un ciego de nacimiento.

Es, pues, el telégrafo eléctrico el descubrimiento mas maravilloso, el que mas justifica el título de progresista que damos al siglo XIX.

Por eso todos los revolucionarios invocan su testimonio á cada triquiñaque, diciendo que antes del telégrafo se podía gobernar de cualquier modo; pero que después de esa

invención y de las aplicaciones del vapor, no hay mas remedio que seguir adelante, adelante y siempre adelante.

Yo, sin embargo, creo que el vapor y el telégrafo son los elementos mas anti-revolucionarios que conocemos, y la prueba de lo que digo está en que los tales elementos han hecho casi imposibles las revoluciones.

Efectivamente, figurémonos que en 1820—cuando Riego dió su grito en Andalucía, hubo sido habido telégrafos eléctricos y ferrocarriles en España. Media hora después de darse aquel grito ya hubieran salido tropas de todos los puntos de la Península para establecer el orden, y antes de anoecer se habría concluido todo.

En aquel tiempo los gobiernos eran muy débiles, aunque estuviesen revestidos del poder absoluto. Eran débiles, porque, necesitándose cuatro ó cinco días para saberse en la Corte lo que en muchos puntos de la nación pasaba, y un par de meses para conducir algunos regimientos á donde había que refrenar una sedición ó revuelta, estas tenían sobrado tiempo para propagarse y llegar á ser impotentes. Hoy, por el contrario, es preciso que un gobierno quiera caer, como lo sucedió al último de Isabel II, para ver una revolución triunfante, porque el mas débil de los gobiernos del día, queriendo sostenerse, tiene una fuerza abrumadora con respecto á las mas titánicas revoluciones.

He dicho que el último gobierno de Isabel de Borbón quiso caer, y añadiré que la misma reina mostró el decidido empeño de verse en la expatriación, sin poderse salir con la suya en muchos años. ¿Por qué fracasaron tantas poderosas tentativas de revolución contra la dinastía mas desconceptuada que ha llegado á verse en el mundo, sino porque el telégrafo y el vapor conspiraban contra los revolucionarios? Se me dirá que el trono de los Borbones cayó por haber perdido Novaliches la batalla de Alcolea, y yo lo niego, porque creo de buena fe que ganando Novaliches aquella batalla, también hubiera caído la dinastía. Esta había ella misma socabado sus cimientos de tal modo, que no podía menos de caer aunque nadie la empujase, y solo así se explicaría que pudiera sucumbir, teniendo en su favor esos dos poderosos ejércitos conservadores que se llaman el ferrocarril y el telégrafo.

Así, pues, como elemento de orden público, está reconocida la utilidad del Telégrafo y puede calificarse de progresista la invención; pero cuando esa invención se pone al servicio de las pasiones ó de los intereses de los particulares, degenera tanto, que no sé si lo que para su autor reserva el porvenir es la gloria ó la vergüenza.

Ved, en efecto, lo que viene á ser el telégrafo en manos de los laborantes cubanos, de los bolsistas del mundo entero, y en fin, de todos los que explotan la mentira. La causa de España en Cuba se ha perdido ya mil veces, según los telegramas de la Prensa Asociada: Espartero ha rechazado y aceptado la corona otras tantas veces, según la misma asociación referida. Serrano ha querido resignar el poder un día, se le ha propuesto para rey otro, se le han debido ampliar las facultades de Regente al mismo tiempo, todo según la Prensa asociada que suponía á Prim dispuesto á admitir la Presidencia del Consejo, si el Regente no quería ser monarca &c.

Cuando un Agente de Comunicaciones llega al grado de desequilibrio que el telégrafo ha conseguido alcanzar, no sirve para nada en manos de particulares, y aun puede ser considerada su adquisición, por la inmoralidad á que se presta, como el paso de retroceso mas odioso y lamentable que la humanidad ha dado hasta el día. Tan cierto es esto, que si el abuso de las mentiras continúa, la sociedad entera va á pedir la supresión del telégrafo, ó por lo menos, que se adicionen los códigos, señalando una severa penalidad á los forjadores de noticias falsas con que se irrigan perjuicios irreparables á muchas personas crédulas, y se dá una idea tristísima de la condición humana.

En cuanto á mí, fuera de las comunicaciones oficiales, ya no creo una palabra de lo que dice el telégrafo, y por consecuencia, tanto me da que los bolsistas ó los laborantes hagan publicar noticias políticas, como que no lo hagan, puesto que ya no leo y prometo no volver á leer sus dichosos telegramas.

AMURATES.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

CAPITULO PRIMERO.

CONSEGUINCIAS QUE PUEDE TRAER UN TROPEZON.

(Continuacion.)

—Caballero, yo me presento como se me antoja.

—Lo creo; pero decidme..... Soy el vizconde Ernesto Duval, y desearía saber con quien tengo el gusto de hablar.

—Ambrosio Perales, negociante.

—Pues bien, señor de Perales, hoy vais á recibir una lección que arregle mejor vuestra cabeza.

—Vamos, estoy pronto á recibirla.

—Despacito y no griteis, que vais á llamar la atención de la gente, y eso sería de muy mal gusto. Marchemos como dos buenos amigos, y después será lo demás.

Los dos jóvenes emprendieron la marcha, y á los pocos pasos entraron en un restaurant, donde Ernesto fué recibido con una salva de aplausos por cuatro jóvenes que se hallaban sentados al rededor de una mesa.

—Graeias á Dios que se te vé, prorumpieron en coro.

—Llegas á tiempo, dijo uno, porque me estoy muriendo de hambre por haber tenido la atención de esperarte. Sin embargo, no lo agradezcas mucho: dá gracias á esta botella que nos ha consolado de tu tardanza.

—Está bien, señores, contestó Ernesto; pero antes de almorzar necesito de los cuatro.

—Imposible, chico; tú estás loco sin duda. Antes de almorzar no cuentes con nosotros para nada.

—A menos que no sea para algún lance de honor, objetó uno.

—Para eso es, precisamente, señores.

—Diablos! Eso se hace después del almuerzo.

—No puedo, señores, porque este caballero tiene prisa.

—Ah, se trata de ese caballero.....? Y los cuatro jóvenes no pudieron contener la risa al reparar en el sombrero de D. Ambrosio. Este se hallaba como en un potro ante aquella gente.

—Se trata simplemente, dijo Ernesto, de quitar á este caballero ese ridículo sombrero, cuya vista ataca los nervios de una belleza por quien me intereso.

—Bravo, Ernesto, aprobado: tú siempre has de ser el mismo.

Y prorumpieron en una segunda carcajada, mas estrepitosa que la primera. D. Ambrosio se mordía los labios hasta hacerse sangre.

Terminado, por fin, aquel tumulto, dos de los jóvenes tomaron del brazo á D. Ambro-

sio, ofreciéndose cordialmente á ser sus padrinos, y salieron á la calle, seguidos de Ernesto y los otros dos.

Llegaron al sitio designado de antemano, y uno de ellos se separó, apareciendo al poco tiempo en carroaje con una caja de pistolas, arma que se había elegido para el duelo, que, como la mayor parte de las cosas de este pícaro mundo, había empezado por una tontería y estaba á punto de terminar trágicamente.

Después de las fórmulas de costumbre, se colocaron los dos adversarios á quince pasos de distancia, y á D. Ambrosio le fué concedido el honor de disparar primero. La bala de su pistola pasó algo lejos de Ernesto; entonces dijo este apuntando:

—Ninguna enemistad tengo con vos, jóven; lo único que no puedo ver con calma es vuestro sombrero, y voy á tratar de inutilizarle, aunque no sea mas que el tercer piso, para que no afecte al ornato público.

El tiro salió, y el pobre sombrero, causa inocente de todo, quedó agujereado dos ó tres dedos mas abajo de la copa.

—Ahora, dijo Ernesto tendiendo la mano á D. Ambrosio, no corren peligro los nervios de aquella señorita.

Todos estrecharon la mano á D. Ambrosio, que estaba medio aturdido, y le rogaron los acompañase al almuerzo; pero este se disculpó como mejor pudo, y se marchó diciendo que si todas las mujeres eran como Adela, no volvería á acercarse jamás á ninguna.

—Hola, dijo Ernesto; se llama Adela; bonito nombre; tan bonito como ella.

Los cinco jóvenes se fueron á almorzar, y á fe que lo hicieron con buen apetito, porque la hora era ya algo adelantada.

Creo excusado decir que D. Ambrosio y su sombrero hicieron el gasto en la mesa; hasta brindis, y no pocos, hubo para la infeliz bomba que había sido víctima del tropezón de Ernesto.

Cuando este regresó á su casa, se apresuró á escribir á Adela en los términos que verá el lector si le pica la curiosidad, que sí le picará.

Porque es muy de suponer
Y tengo seguridad,
De que habrá curiosidad,
Si leyere una mujer.
Y apuesto un medio de anises
A que le agrada mejor,
Que escriba historias de amor
Que no historias de *mambises*.
Yo también, de buena gana,
Mejor trato este administrículo,
Que no el asunto ridículo
De la insurrección cubana.

Pues, como iba diciendo: Ernesto tomó la pluma y escribió á Adela la siguiente epístola:

«Señorita:

Como habeis tenido ocasión de notar, hallé esta mañana vuestro pañuelo con el billete que contenía, y el cual, aunque no era para mí, me ha proporcionado el singular placer de hacer una buena obra en favor de vuestro sistema nervioso. El impertinente y necio que, segun vuestro billete, había dado en perseguirlos, no ha dejado de existir, por no haber motivo para tanto; pero ha desaparecido el sombrero que tuvo la imprudencia de causar vuestro enojo.

Deseo una entrevista con vos, para daros amplios detalles del sombrero en cuestión, y creo no aventurar nada al confiar en que vuestra esquisita amabilidad sabrá corresponder á un deseo que, una vez cumplido, me hará el mas venturoso de los mortales. Sé vuestro nombre, y lo hallo tan bonito como lo sois vos; pero estuve á punto de estallar de indignación cuando lo oí pronunciar

por el poseedor del sombrero. Sin embargo, todo se lo perdono, en gracia de haberme proporcionado la ocasión de conoceros.

Soy &c.»

Satisfecho Ernesto de este billete, le dió dirección, y esperó el resultado que tendría el tropezón de aquella mañana.

(Continuará.)

CIDE HAMETE BENENGELI.

LA VISION.

A D^a EMILIA se le aparece Aguilera en un sueño.

D^a EMILIA. ¿Conque todo se ha perdido
Después de tanta insistencia?
¿Dónde están vuestros ejércitos?
¿Qué hicisteis de mis banderas?

AGUILERA. Señora, á vuestra pregunta
Pueden dar una respuesta
Los soldados españoles,
Que saben darlas muy buenas.

D^a EMILIA. Ni defenderías supisteis,
¡Vive el cielo!

AGUILERA. ¡Defenderlas!
¡Buenos eran los muchachos
Para andarnos con defensas!

D^a EMILIA. Y yo, tonta, por la causa
De Cuba pasaba en vela
Todas las noches, bordando
Esa malhadada estrella.

AGUILERA. ¡Ay! mejor me hubiera sido
No introducirme en la fiesta!
Pero, ya se vé, janunciábais
Esperanzas tan risueñas!

D^a EMILIA. De allá decíais: «Hermanos:
Ya se decidió el problema.
No hemos dejado en la Isla
Un español con cabeza.»

AGUILERA. Y aquí bailábamos todos
Al ver noticia tan seria;
Porque, no era para menos,
¿Quién no baila con tal nueva?

D^a EMILIA. Y hete que á los pocos días
Vimos que era una quimera
La noticia.

AGUILERA. Por supuesto.
¿Qué queríais que dijeran?
¿Quién vence á los españoles?

D^a EMILIA. Si son hijos de la guerra
Y arde en sus pechos, señora,
Para la sangre de Iberia?
Mire, ciuda tanta; un día

AGUILERA. Estuve de ellos muy cerca,
Y pude verles las caras,
Qué, apesar de estar risueñas,
Me hicieron temblar.....

D^a EMILIA. ¡Cobarde!
AGUILERA. Bien, será lo que usted quiera:
Pero el caso es que temblaba,

D^a EMILIA. Y que temblaba de veras,
Gracias que recordé al punto
Nuestro sistema de guerra.....

AGUILERA. Pues ya sabeis que, aunque viejo,
Tengo aguileras las piernas,
Y todo lo olvidé, todo,
Zapatos, *Independencia*,

D^a EMILIA. Gobierno, Junta Cubana
Y hasta el ministerio, etcétera.
Solo recuerdo una cosa
Que no olvidé..... mi botella.

AGUILERA. Y montes, cañaverales,
Ríos, maniguas y cercas,
Todo para mí era poco
Cuando huía.

D^a EMILIA. ¡Oh, desvergüenza!
AGUILERA. ¿Dónde pensais ocultaros?

D^a EMILIA. Piensó ocultarme en *Guiebra*.
Allí estaré, y si algún día

AGUILERA. Se revuelve otra pendiente,
Sea con turcos, con griegos,
Con chilenos ó con persas,

D^a EMILIA. Con todo el Imperio Chino
O con cualquiera que sea,
Volveré á ofrecer mi espada

AGUILERA. Que, aunque despuntada, es buena.
Pero si es con españoles,

D^a EMILIA. Dejadme en aquella tierra;
Que ya sufri una paliza

AGUILERA. Pero dos..... ni que lo creas.

CECILIO VEGA.

CORRESPONDENCIA.

Para acabar de quitar la ilusión á los malvados que se obstinan en suponer que la guerra actual es de insulares contra peninsulares, cuando lo es de algunos renegados contra los buenos españoles, publicamos con

gusto las cartas que ha empezado á remisirnos un noble hijo de Cuba, y allá vá la primera de dichas cartas:

CARTA PRIMERA.

«QUERIDO MUZA:

Desde que estalló la malhadada insurrección, ó mejor dicho, desde que el célebre estafador Carlos Manuel dió el rebuzno en Yara, con el siniestro fin de sumergir en el caos á esta preciosa Antilla, tremolando el inmundo trapo que lleva por mote, *incendio, ruina y desolación*; sigo pacientemente todo el curso de semejante farsa, con el laudable objeto de poder manifestar mi pobre opinión sobre el particular.

Desde el famoso 10 de Octubre, en que Carlitos dió el rebuzno, nada he notado que pueda recomendarle ni aun á los ojos de los *hotentotes*. Cobarde hasta la bajeza, do quiera que se ha presentado, no ha sufrido mas que amargos desengaños. Altagracia, Cubitas, el Jumento, Cauto y las Tunas, con otra infididat de sitiós, no solo son buenos testigos, sino que le recordarán continuamente un mundo eterno de baldón, y otro de gloria para los descendientes de los vencedores de Otumba, que tan desgraciadamente han transmitido su sangre, idioma y religión á *canalla* de tal naturaleza.

¿Y ese hombre tan ruin, es el que ha pensado libertar á su *pais* de la opresión en que dice se hallaba sumergido? Quizás con el incendio, el robó y el pillaje querrá elevar á la categoría de un segundo Haití á la perla de los mares; pero ¡cuán lejos está semejante desgracia! Mientras mi corazon, lleno de orgullo, sienta erugir en la mano de un español su Peabody, exclamaré con toda la energía de mi alma: *atrás, infame, los réprobos deben hallarse sumergidos en el Cocito; el precioso pabellón que la santa y Católica Reina clavó aquí, cubriendo con él el Lábaro santo, que hizo de esta soledad un paraíso; esa bandera que ha ido siempre triunfante por do quiera se ha presentado, no es para que ningún vil parricida la emapeñe, sino para que de rodillas la acate y admire con el santo respeto de la adoración.*

Libertar á su *pais*! ¿Y de qué? ¿Acaso ha habido nunca un país mas libre que esta Antilla? ¿La gran *República modelo*, fué jamás tan tolerante con sus malos hijos como lo ha sido la Madre Patria con esos tunantes? Y la condescendencia con tan *ilustres Repúblicos*, por parte del Gobierno, ¿cómo ha sido pagada? Tomáronla por debilidad; y aun tiene la osadía ese nido de víboras y embusteros, de quejarse, y de querer pasar como víctimas, ultrajando á Polonia y sus valientes hijos, al ponerse en parangón con ellos. ¡Miserables! *Si hubieseis abrigado un átomo del honor, que los hijos de aquella nación de héroes han desplegado en todas las circunstancias de la vida, tal vez seríais dignos de alguna consideración; pero yo, nacido en esta preciosa Antilla y bajo el amparo del glorioso pabellón de mis padres, os maldigo, y me avergüenzo de tener que llamar paisanos á seres tan abyctos y dignos solo de las garras del verdugo.*

Y esto lo digo, amigo MUZA, con toda la fe de mi corazon; y si ántes no me había determinado á tomar la pluma para expresar mis sentimientos, ha sido tan solo por la poca confianza que tenía en esplayar mis ideas con elegancia; pero cansado ya de ver tanta cobardía é infamia reunidas en los *libertadores*, no he podido menos de echarme al mundo, como vulgarmente se dice, para *anatematizarlos* de aquí en adelante con toda la verdad de mi alma y con toda la energía de mi corazon.

Adios, querido Moro, hasta otro dia, aquí paz y despues gloria.

OMER.

MISCELANEA.

Ha llegado el *Jorro* de la Península, y lo llamamos así, porque desde que dos *Jorros* tomaron á su cargo en Madrid la defensa de los traidores de Cuba, casi todo lo que había de ser *Correo*, se ha tornado *Jorro*.

No deja de ser significativo, por cierto, el nombre de los dos nenes que desde Madrid ayudan á los de Nueva York, Mérida de Yucatán y Cayo Hueso. «*A Jorro*,» es una frase náutica que quiere decir «á remolque» de manera que ya no debemos extrañar el mal rumbo que han tomado *La Discusión*, *El Sufragio Universal* y *El Universal*,

Porque gracias al socorro
Que otros traídos les dan,
Van, sin saber donde van,
«A remolque,» esto es, «á Jorro.»

Tambien hay una red que se llama *Jorro*, y es la *barredera*.

Esto nos hace ver que los periódicos que en Madrid insultan á los españoles de Cuba, han sido pescados por truchimanés.

Barridos de esta manera
Los pobrecitos echarros.
Cayeron, ¿quien lo dijera!
En doble red barredera,
Que es la red de los dos *Jorros*.

Ya verán ustedes cómo se descubre con el tiempo que los *Jorros* han ocultado algo de su apellido. Probablemente la *J* vendrá á ser *G*.

Y tendremos á los *Jorros*
De perversas intenciones,
Convertidos en dos *Gorros*,
Con pespuntes de *Gorrones*.

Queda, pues, simplificada la cuestión. Ya no son varios periódicos españoles los que simpatizan con la traición y atacan en Madrid, tanto á las Autoridades como á los Voluntarios de Cuba. Son dos *Jorros* los que arman todo ese lío, y por consiguiente, llamaremos *Jorros* á los que en Madrid nos insultan, como nombramos *hidrofobia* á la insurrección cubana.

Esto no quiere decir que los *Jorros* no tengan tambien *hidrofobia*, ó rabia, pues bien muerden, los muy perros, á todo el que defiende la bandera española.

Porque, sépanlo nuestros lectores; ya no tratan los *Jorros* solamente de proponer la venta de Cuba cuando termine la guerra. Se han acabado de quitar la máscara, y combaten á los buenos españoles con mas encarnizamiento que los mismos infames satélites de la traicion que ven la luz en Cayo Hueso, en Nueva York, en Veracruz, en Mérida y en la Manigua, y por de contado, hasta en las mentiras se van estos quedando detrás de los *Jorros*.

Citaremos algunas mentiras de los *Jorros* para muestra.

Dicen los *Jorros* de *El Universal*, que un periódico cubano les ha amenazado con *rebanarles el pescueso*. Mentira patente. Los que hoy escribimos en Cuba, insulares ó peninsulares, como tenemos cariño á todo lo español puro, decimos *pescuezo*. Los que decian *pescueso* están en la emigración ó en la Manigua.

Dicen los *Jorros* del mismo periódico, que los Voluntarios de la Habana dijeron no ha mucho tiempo que «mejor que españoles, serían con gusto ciudadanos de los Estados Unidos.» Cuándo, preguntamos nosotros, el cinismo de los embusteros de Nueva York

y Cayo Hueso ha llegado al de los *Jorros* de Madrid? Mentira de *Jorro* es mas grande que el Morro.

Dicen los mismos *Jorros*, que los que hemos firmado aquí protestas contra la idea de vender esta Antilla, somos *alfonsinos*, que solo deseamos ver proseguir el tráfico negro bajo los auspicios del religioso y moral gobierno de Dña Isabel.

¿Qué despreciables embusteros van siendo los tales *Jorros!* ¡No saben e os miserables que aquí entre los que hemos protestado, no hay alfonsinos, ni isabelinos, ni progresistas, ni demócratas, ni nada más que buenos españoles? Ignoran que muchos de nosotros no hemos tenido un negro nimba, ni aspiramos á tenerlo?

¡Favor, que hay chorros!
—¿De agua?—Nó, de mentiras
Dé los dos *Jorros!*

En fin, cosas dicen los *Jorros* que ya no merecen ser contestadas en el periodismo cubano, y que aconsejan tomar una seria medida.

Cuando en Cuba hay un partido que con las armas en la mano grita: ¡muera España y mueran los españoles! ¿podremos seguir tolerando que en Madrid se diga que los que eso gritan son los buenos y que nosotros somos genízaros, verdugos y otras barbaridades por el estilo, amontonándose hechos calumniosos con que se pretende sublevar contra nosotros la opinión del universo?

¡Nó! ¡La libertad de imprenta no tiene esos alcances en ningun país de la tierra, y es preciso castigar á los que desvergonzadamente se declaran enemigos de la nacion, ultrajando á los fieles y haciendo causa comun con los traidores! Los tribunales que están juzgando á los insurrectos, tienen ya el derecho de reclamar á todos sus cómplices, vivan en Cuba, en la Península ó en el extranjero. Vengan, pues, los *Jorros* y todos sus instrumentos, á responder ante nuestros tribunales con su cabeza del crimen de traicion de que deben ser acusados y en el que de antemano están confesos! ¡Vengan aquí esos infames, por fuerza, si no quieren de buena voluntad, á sufrir el castigo que merecen! Los norte-americanos y los ingleses castigan esos delitos. Nuestro Código Penal, que es la ley vigente, desde que la imprenta se sometió á la legislación comun, nos dá derecho á pedir el enjuiciamiento inmediato de los parricidas, y esperamos que nuestras pretensiones sean escuchadas.

POR LA BANDERA DE ESPAÑA.—Tal es el título de una comedia de circunstancias que ha escrito últimamente el autor de *La Casa del Voluntario*, y que segun noticias se pondrá pronto en escena. Como esa obra, que conocemos, no carece de interés y tiene un fin moral plausible, no dudamos que obtendrá del público la mas favorable acogida.

Antes de pasar adelante.—Nuestras primeras Autoridades han sido rudamente atacadas en estos días por los simpatizadores que en Madrid tiene la insurrección. El inéxito General Caballero de Rodas, el probó y laborioso Sr. Santos, al recto y bondadoso Lopez Roberts, se ven maltratados por *La Discusión*, *El Universal* y *El Sufragio Universal*. Felicitamos cordialmente á esos preclaros varones por los ataques que están sufriendo, pues á los titulos que ya por sus hechos tenian al aprecio de todos los hombres honrados de este país, agregan hoy el de verse zaheridos por los enemigos de la patria.

Dice nuestro estimado colega el *Diario de la Marina* que no se debe contestar á las diatribas que los periódicos laborantescos de Madrid dirijen á los Excmos. Sres. Capitan General, Intendente de Hacienda y Gobernador de la Habana, y es claro. ¿No están contestando sobradamente á todas las injurias gratuitas que se les hacen, el digno Caballero de Rodas desde el Camagüey, donde gobierna con equidad á gusto de todos los buenos españoles, mientras hiere de muerte á la insurrección, el infatigable Intendente al moralizar la administracion y suprimir los tributos y el caballero Gobernador de la Habana, haciendo honor á su importante destino? ¿Qué contestación mejor que la que con su conducta dan esos ilustres funcionarios, puede darse á las vacias declamaciones de los pobres diablos que han puesto sus plumas á disposicion de los traidores?

REMITIDO.

A LAS PLUMAS QUE EN LOS PERIÓDICOS DE LA MADRE PATRIA ABOGAN POR LA CESIÓN O ABANDONO DE UN PEDAZO DE NUESTRO TERRITORIO.

Si una mala lengua daña,
Mas daño nos causa, en suma,
Aquel que vende su pluma
Al enemigo de España.

LO QUE YO MAS TEMO.

Mucho le temo al huracan terrible
Cuando ruge con horrido fragor.
Y al imponente mar aterrador
En noche de borrasca indescriptible.
Mucho temo la lava irresistible
Del volcan que amenaza asolador,
Y el estrago del rayo destructor
Condensado en la atmósfera invisible.
Temo la guerra, el cólera, la muerte,
Lo que debe temer todo mortal
A quien no invulnerable hizo la suerte.
Pero el temor mas grande, votó á tal,
Es el que tengo, ¡oh periodista! al verte
En contra de la causa nacional.

ABDUL-MEGID.

OPINION DEL MORO MUZA SOBRE EL MISMO ASUNTO.
A ABDUL-MEGID.

Sí te causa terror el frenesi
De los que allá en la Corte, á tutiplen,
Armando están insólito belen,
A mí no me sucede lo que á ti.
Yo no temo á esa gente baladí,
Que mereciendo está solo desden,
Mas sé que en castigar haremos bien
A todos los secuaces del mambí.
¡Puedese sin sentir indignacion,
Saber, y mucho-menos tolerar,
Que oso escarnecer á la Nacion?
Los que al deber así suelen faltar,
Y tienen por vendernos comezon.....
Será bueno que lleven que rascar.

Charadita.

Prima y segunda una letra
Es del alfabeto griego,
Busilis que desde luego
Facilmente se penetra.

Es de toda embarcación
Guía segunda y tercera
Si se acerca á la ribera
En noche de cerrazou.
De la escala musical
Mi segunda es una nota,
Y el todo un ser racional,
Anti-español, desleal,
Que en Nueva York alborota.

ABDUL-MEGID.

SOLUCION A LA DEL NUMERO ANTERIOR.

De aquello que canta el cuco,
Y lo que arroja la turba,
Tomando las dos mitades,
Claro, lo que queda es,.... Cuba.